

EL SOL SOBRE LOS OJOS

BIBLIOTECA DE ENSAYO CONTEMPORÁNEO

EL SOL SOBRE LOS OJOS

CONVERSACIONES SOBRE EL NORTE LITERARIO

Liliana Pedroza
Ramón Gerónimo Olvera
Reneé Acosta
Fernando Hernández González
Javier Mariano Rubio



Chihuahua
Gobierno del Estado
Secretaría de Educación, Cultura y Deportes



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



 **CONACULTA**

*F*ICTICIA

MÉXICO
2014

EL SOL SOBRE LOS OJOS. CONVERSACIONES SOBRE EL NORTE LITERARIO

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Los autores

D.R. © Foto de portada: Calvin Teo

Primera edición: septiembre 2014

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220. Col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11,000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. César Horacio Duarte Jáquez

Gobernador Constitucional

Ing. Pablo Espinoza Flores

Secretario de Educación, Cultura y Deporte

POR EL INSTITUTO CHIHUAHUENSE DE LA CULTURA

Arq. Fermín Gutiérrez Galindo

Director del Instituto Chihuahuense de la Cultura

Lic. Gonzalo R. García Terrazas

Desarrollo Artístico

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Av. Universidad y División del Norte s/n, Col. Altavista

C.P. 31000 Chihuahua, Chihuahua (614)214 4800, ext. 115

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor de Ficticia Editorial.

ISBN: 978- 607-521-046-9

Impreso y hecho en México.

CONTENIDO

Prólogo: Un manojo de temas a discutir

EDUARDO ANTONIO PARRA

11

Jesús Gardea:

La palabra y sus mundos

LILIANA PEDROZA

17

Carlos Montemayor:

La otra respiración

RAMÓN GERÓNIMO OLVERA

37

El siconauta del Septentrión:

Rogelio Treviño

RENEÉ ACOSTA

63

Martín Luis Guzmán alias “Silvio” o “Estrella de Oriente”.

Una existencia *atética* en el Ateneo de la Juventud

FERNANDO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

81

La imagen perdida del desierto:

Un acercamiento a la obra de José Fuentes Mares

JAVIER MARIANO RUBIO

107

Yo no ignoraba que vivíamos en lo más duro y sofocante del mundo.

Jesús Gardea

PRÓLOGO: UN MANOJO DE TEMAS A DISCUTIR

EDUARDO ANTONIO PARRA

Aunque los defensores de la idea de que la literatura mexicana debe observarse como un todo indivisible lleven años intentando negar o, por lo menos, restar importancia a la existencia de varias literaturas regionales en el país, la evidencia no sólo demuestra que la regionalización literaria es palpable, sino que se acentúa más y más conforme transcurren los años, centrándose en la apropiación de determinados lenguajes, en el reflejo de paisajes específicos y en el abordaje de temas que se han vuelto particulares. La poesía surgida en el sureste del territorio sería un ejemplo, pero si a ella añadimos el trabajo de los escritores nortños, el “sello” geográfico resulta innegable.

Desde la última década del siglo anterior hasta nuestros días, las características de la literatura del norte, en especial las de la narrativa, han sido discutidas —si bien poco estudiadas— debido a que en esos años ciertos autores se volvieron visibles de modo repentino al ser publicada su obra en editoriales de prestigio y con distribución nacional. Sin embargo, bastaría con echar una simple ojeada a nuestro canon para darnos cuenta de que la literatura del norte ha estado presente entre lo mejor de la producción mexicana desde muchos años antes, por lo menos desde principios del siglo xx, con uno o más autores de calidad superior en las filas de cada generación importante. Tenemos, por ejemplo, entre los integrantes del Ateneo de la Juventud al regiomontano Alfonso Reyes, al saltillense Julio Torri, al chihuahuense Martín Luis Guzmán y al oaxaqueño criado en la frontera José Vasconcelos; entre los narradores

de la Revolución contamos con la duranguense Nellie Campobello y con Rafael F. Muñoz, oriundo de Chihuahua; en la llamada Generación del Catorce destaca el también duranguense José Revueltas, y entre los contemporáneos el nacido en la capital pero crecido en Torreón Salvador Novo. La lista continúa, hasta llegar a lo que algún crítico denominó “los narradores del desierto”, donde se contaba la quintilla de novelistas conformada por el sonoreense Gerardo Cornejo, el bajacaliforniano criado en Coahuila Daniel Sada, el regiomontano Ricardo Elizondo Elizondo, el zacatecano Severino Salazar y el chihuahuense Jesús Gardea, quienes de algún modo abanderaron a las generaciones posteriores, que son las que se hallan en pleno ejercicio en la época presente.

Se ha enumerado y discutido mucho sobre la literatura nortea, sí. Pero como si la intención fuera demostrar su error a quienes tratan de negar los regionalismos, no es sino hasta nuestros días que comienzan a aparecer verdaderos análisis con la intención de penetrar en su esencia regional, en los distintivos de la obra de los autores que la integran y en los aspectos que la diferencian de lo escrito en otras latitudes. Es por ello que debemos agradecer y valorar un volumen como *El sol sobre los ojos. Conversaciones sobre el norte literario*, donde se reúnen ensayos de cinco críticos sobre la producción de otros tantos escritores del norte de México, colocando en el centro los tonos, los ritmos, los retratos de caracteres, las peculiaridades geográficas, el reflejo de costumbres y hasta ciertos temas que, si no son exclusivos del norte, sí resultan caros a sus escritores.

Los ensayistas reunidos en *El sol sobre los ojos. Conversaciones sobre el norte literario* han elegido cada uno a un autor chihuahuense para llevar a cabo la disección de su obra y, al mismo tiempo, iluminar en ella algunos de los aspectos que identifican su arraigo regional. Compilación afortunada desde el título —quien haya vivido en el septentrión mexicano sabe que la intensidad del sol es el principal elemento del paisaje—, no se limita a la obra de los narradores más conocidos a nivel nacional; incluye a un poeta cuyo trabajo lo ha impulsado a la categoría de “clásico regional” y a un historiador que, además de haber incursionado de tanto en tanto en el ámbito de la ficción, era dueño de una prosa creativa, artística, y de un modo de relatar la historia que nada tenía que pedirle al novelista más completo.

A través de las presentes páginas el lector podrá encontrar que Lilita Pedroza —joven escritora que ya ocupa su sitio en el mapa de las letras mexicanas contemporáneas— nos ofrece un panorama de la narrativa de Jesús Gardea, tomando como base dos de sus aspectos fundamentales: el desierto como espacio literario y la soledad de los personajes del autor, soledad que los convierte en seres extraños, secos, tal vez recubiertos de espinas invisibles, como las plantas crecidas en aquellos parajes. Al señalarlos que, de algún modo, Gardea nos enseña a saber mirar el desierto como paisaje, Lilita Pedroza pone de manifiesto que en los relatos de este escritor siempre existe una estrecha relación entre el entorno y el carácter de quienes lo habitan, dando como resultado que sus historias sean protagonizadas por hombres serios, sobrios y silenciosos, dueños del lenguaje parco de quien siente disgusto al desperdiciar las palabras. “Para Gardea”, nos dice Pedroza, “el hombre también es un desierto”, o mejor: “El desierto es paisaje y metáfora del hombre”, y por lo mismo éste tiene su universo, su reino, bien delimitado: se trata de un universo solitario, silencioso, inhóspito, apesadumbrado, aislante, que de modo inevitable saca a la superficie lo enfermizo o irracional que hay en él, es decir, su lado oscuro. A través de una escritura breve y profunda, exacta y poética, Jesús Gardea consigue metaforizar los diversos aspectos del desierto para transformarlos en rasgos psicológicos, lo que hace de sus relatos y novelas obras únicas en el contexto de las letras mexicanas. Y al detectar lo distintivo de una narrativa como la de este autor, Pedroza traza una relación entre la literatura del norte de México con la literatura del sur de los Estados Unidos —McCullers, Welty, O’Connor— con lo que establece la naturalidad de nuestras producciones regionales.

Ramón Gerónimo Olvera se enfoca en la obra del recién desaparecido Carlos Montemayor, poeta y narrador, políglota, analista poético, especialista en literatura en lenguas indígenas y cantante de ópera, es decir, un artista bastante completo. Olvera inicia su ensayo con un asedio a la poesía del autor, enfocándose en otro aspecto que se ha mencionado ya en las discusiones sobre la literatura nortea: la respiración peculiar de su lenguaje. A partir de la idea de que el discurso literario

opone resistencia a la muerte, al mismo tiempo que ya contiene su huella, este ensayista nos indica que, para Montemayor, había una profunda correlación entre escribir y respirar, como una manera de retener la vida. Y de ahí a la celebración de los sentidos, y a su diáspora, sólo hay un paso, lo que hace de la obra de Montemayor —sobre todo en lo que respecta a sus poemas— una polifonía sonora encaminada a acechar la eternidad, a negar el tiempo y, por lo tanto, la muerte. La eternidad, así, incluye todas las etapas de la vida, por eso en la obra de Carlos Montemayor —poemas y relatos— siempre están presentes las sensaciones de la infancia y la adolescencia, los estímulos perdurables del entorno, que filtran las percepciones de la realidad exterior e invitan al recorrido interno, a la introspección. Pero ese viaje al interior es tanto mental como físico, por lo que Montemayor busca en su obra, también, lo invisible del paisaje, lo subterráneo, ahí donde se encuentran la miseria y la riqueza del hombre y de la tierra, y aborda en sus primeras novelas el tema de las minas y los mineros, no muy socorrido en la narrativa contemporánea mexicana.

Reneé Acosta toma como objeto de análisis la obra de un escritor poco conocido fuera del norte de México, Rogelio Treviño, poeta místico y atemporal que, en plena época posmoderna, se echó sobre los hombros la tarea de escribir un poema épico para Chihuahua: *Septentrión*. Nos hace el retrato de este peculiar artista de la palabra, describiéndolo como una suerte de loco iluminado e incomprendido que, desde muy temprano en su ejercicio poético, se declaró “póstumo” y ahora lo es, pues falleció a principios de enero de 2012. Al llevar a cabo un repaso de sus poemas, Acosta nos conduce en un paseo por los meandros de una poesía al mismo tiempo hermética y luminosa que, por momentos, exige una interpretación cabalística, es decir, por una poesía alejada del facilismo que, con seguridad, será cada vez más apreciada conforme transcurre el tiempo. Es interesante la forma en que este ensayista, además, expone la idea de que un poeta de estas características pudo desarrollarse debido a que la sociedad de Chihuahua por fin se hallaba madura para acogerlo, lo que muy bien podría, en materia cultural y artística, hacerse extensivo a todo el norte del país.

Martín Luis Guzmán, acaso el clásico chihuahuense más comentado por la crítica nacional, es analizado en sus primeros textos y en lo que se refiere a la formación de su personalidad literaria por Fernando Hernández González, quien, al situar a este autor en el contexto de su integración al Ateneo de la Juventud, nos devela una etapa poco conocida por los lectores de *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*. Tras relatar sus encuentros y desencuentros con el resto de los ateneístas, grupo en el que Guzmán no acababa de encajar a causa de su carácter personal —cuyo rasgo más acentuado era una constante ansia de huida—, que resultaba inquietante para los demás, el ensayista ahonda en diversos aspectos de su obra, señala su marcado acento atético y lo contrapone con las tendencias de los otros miembros del grupo con el fin de explicar la imposibilidad del chihuahuense para unirse de lleno a ellos. Nos lo retrata como un espíritu solitario que, al final, algunos años después, encontró su propia voz y su universo literario, enfocado a detectar lo propiamente mexicano en lo universal y al registro de la vida de la nación, lo que a la larga, también, limó todas las querellas con sus antiguos compañeros e hizo que Alfonso Reyes le brindara un reconocimiento no demasiado tardío.

En el último ensayo del presente volumen, Javier Mariano Rubio lleva a cabo un acercamiento a la obra del historiador José Fuentes Mares, escritor creativo, enemigo de esa historia oficial tan llena de mitos y leyendas que todos los mexicanos aprendimos en las aulas. Conforme Rubio repasa la obra de Fuentes Mares —quien siempre estuvo como atrapado entre la literatura y la historia, entre Clío y Calíope— nos desentraña los secretos de un carácter condicionado por el desierto, como el de Jesús Gardea, pues los seres humanos tendemos a “mimetizarnos con el paisaje”. Así, en este texto nos encontramos a un Fuentes Mares que, al tratarse de historia, defendía la subjetividad y la toma de posiciones, y al predicar con el ejemplo siempre estuvo en contra del expansionismo de los norteamericanos, considerando a los Estados Unidos el enemigo natural de los habitantes del norte. El historiador ahondó asimismo en las diferencias entre los fronterizos con los mexicanos del centro y el sur para establecer las claves de la “personalidad norteaña”, una de las cuales

es un conservadurismo político y social que se transformó en liberalismo tan sólo a causa de la lejanía de los poderes eclesiásticos.

La lectura de *El sol sobre los ojos. Conversaciones sobre el norte literario* representa una aportación que viene a enriquecer las miradas sobre la literatura del norte de México, reafirmando ciertas ideas que ya se han exployado en discusiones previas y poniendo otras en duda. Lo que aquí se dice de los creadores de Chihuahua puede aplicarse sin problema a la mayoría de los escritores norteros, y los aspectos que se enumeran en los libros comentados son semejantes a las de muchos que escribimos con el norte en la mente. Así, por ejemplo, la importancia del paisaje y del clima han sido determinantes, no sólo en la obra de Jesús Gardea, sino en la de muchos autores septentrionales; la fuerza del localismo señalada en la poesía de Rogelio Treviño aparecen en las de otros poetas (y narradores); la celebración de los sentidos y la escritura desde el cuerpo, con su respiración peculiar, evidente en Carlos Montemayor, puede advertirse en sus contrapartes sinaloenses o nuevoleonesas y el recelo causado por la cercanía de los Estados Unidos es general en quienes escriben desde las inmediaciones de la frontera.

A través del análisis de los cinco escritores chihuahuenses abordados en estas páginas, es posible advertir —independientemente de los rasgos individuales de cada quien— no sólo los rasgos de personalidad que permean la producción de muchos literatos del norte de México, sino también sus características de formación, la idiosincrasia de los artistas, la evolución cultural de la región y la puesta en relieve de sus zonas más ocultas. *El sol sobre los ojos. Conversaciones sobre el norte literario* es un volumen que hacía falta. Al darlo a la luz, los editores están llenando un hueco que era preciso cubrir, y al mismo tiempo refuerzan otra tradición —la crítica— que es el complemento natural de la tradición literaria del norte de México.

**JESÚS GARDEA:
LA PALABRA Y SUS MUNDOS**

LILIANA PEDROZA

Las sombras están de pie junto a las paredes, deslumbradas y mordidas por la resolana. Los tres árboles que hay en la calle soportan mal el furor de agosto. El calor casi los hace arder. Sus ramas rechinan como puertas viejas. Juan Zamudio, como vino al mundo, ve y oye todo esto.

Ya se sabe de memoria el verano.

JESÚS GARDEA, *Los viernes de Lautaro*

I. La memoria

Hay un recuerdo de infancia que regresa por periodos, de manera aleatoria, como un conjunto de imágenes aisladas del resto de esa etapa. No sé con precisión qué lo hace regresar, qué palabra lo llama y lo instala delante de mí como si se tratara de un proyector antiguo de diapositivas, arrojadas a la pared de una sala a oscuras donde no hay nadie más que yo. En ese recuerdo no hay sonidos, ni siquiera porque veo a mis padres conversar en la parte delantera del auto o porque sospecho el ruido de las llantas sobre el asfalto irregular de la carretera. La imagen más nítida proviene de la ventanilla de atrás de un Chevrolet del 79, color rojo quemado —lo sé por unas fotografías que guardamos—. Estamos cruzando el paisaje de Chihuahua a Ciudad Juárez. O viceversa. Entre 1984 y 1986 fue la época en que más veces recorrimos juntos la travesía silenciosa de un lugar a otro. Habíamos vuelto a vivir a Juárez —era mi segunda ocasión, pero la primera

mudanza de la que yo tengo memoria—. De manera rigurosa, en cada viaje nos levantábamos de madrugada, con las primeras luces del día. Somnolientos, mi hermano y yo debíamos rumiar alguna queja aunque supiéramos que había que ganarle una batalla al sol, la de las horas más calientes dentro del carro, la de los rayos que deslumbran en el vidrio delantero o los que quemán por su insistencia en un costado u otro. A mitad de trayecto nos sabíamos vencidos pues el sol nos hacía transmigrar de sitio en los asientos traseros o colocar improvisadas cortinas con alguna sudadera que en las primeras horas había hecho de almohada. El recuerdo, ya dije, no tiene sonidos. Tiene la mirada del amplio paisaje del desierto —llano, amarillo—, de las horas calladas repasando un lugar que, de niña, serían todos los lugares. En ocasiones el recuerdo tiene también la sensación trepidante del coche al resistirse a salir del camino, empujado por un viento intenso; ése mismo que hacía mover el mapa del desierto al desplazar, a través de capas finas, la arena del Samalayuca.

Dicen que el desierto no es paisaje ni es nada, sino un territorio vacío entre lo ocre y el azul del cielo. Deben decirlo los viajeros que no saben mirar, los que no tienen tiempo de que los temple el sol en verano o el viento frío en invierno, ese clima que sólo conoce los extremos, que es un sí o un no austero, sin rodeos, como la forma de ser de sus habitantes. Pero el Desierto Chihuahuense —ése que atraviesa desde Arizona y baja por México hasta San Luis Potosí— por su biodiversidad es tan rico como la Amazonía. Su exuberancia debe encontrarse en sus subterfugios, en la mirada atenta de lo sutil y escurridizo, en lo que crece y permanece silencioso, casi imperceptible, secreto. Quienes no son del desierto no pueden conocer su nostalgia. La del deseo de sol cuando se es forastero en ciudades lluviosas o la búsqueda de atardeceres destellantes de rojos y púrpuras vivos que sólo son posibles de volver a mirar, con asombro renovado, al regreso.

El desierto, por su extensión y sus temperaturas extremas, separa, aísla. Por eso entre las ciudades del norte nos encontramos tan poco. Estamos en pequeñas islas apartadas. Allí cada quien conforma su mundo, sus reglas, su soledad. No es casual que el carácter de quienes viven allí sea serio, sobrio, silencioso como el paisaje. El calor o el frío imponen sus modos de habitar.

Por eso, quizá, mi recuerdo no tiene sonidos. El silencio me atrae, me relaciona íntimamente con lo que veo. Muchas veces estoy yo nada más frente a la ventana del auto y el paisaje se mueve.

II. El reino en que se habita

Jesús Gardea nació en Delicias en 1939, seis años después de su fundación. Población algodонера que desde sus inicios trabó contiendas con la sequía. Crecieron juntos poblado y hombre. Infancia y parte de la adolescencia del escritor. Luego, al separarse —pues Gardea viviría estancias cortas en Querétaro, Ciudad de México, Guadalajara—, radicaría finalmente en Ciudad Juárez—. Delicias sería imaginado en lontananza y tendría otro nombre: Placeres. Jesús Gardea estudió odontología, profesión que abandonó después de la publicación de su primer libro, uno de cuentos, en 1979, llamado *Los viernes de Lautaro*. Pero Placeres, nombrado de ese modo, no aparecería en éste ni en ninguno de sus relatos. Sí en sus novelas. Nombrado o no, el paisaje al que recurre Gardea es el mismo, un lugar inventado para poder echar a andar a sus personajes entre el sol más fiero —el de mediodía— y el terreno árido y hostil donde lo único que es capaz de crecer es el silencio y la soledad.

La escritura de Jesús Gardea corresponde al mundo que recrea, al habitante del desierto. Su lenguaje es sobrio, contenido, y nos hace avanzar lento por el relato como la larga espera de la caída de la tarde un verano cualquiera. Su sencillez es engañosa porque está llena de imágenes. De rebuscamientos. De misterios. Sus historias son una misma historia siempre. El repaso de lo que le aturde o le persigue. El hombre enfrentado al paisaje. El exterior y el interior. Porque el hombre, para Gardea, también es un desierto.

“El escritor tiene la prerrogativa de limitar su propio ámbito, de marcar los límites de su reino”,¹ dice Carson McCullers a propósito de la escritura de *El corazón es un cazador solitario*, en un principio llamado *El*

1. McCullers, Carson. *El mudo y otros textos*. Barcelona: Seix Barral, 2007, p. 70.

mudo. Jesús Gardea lo sabe, por eso lo delimita, le proporciona características, rasgos definidos. Su reino no proviene sólo de lo real sino de lo real inventado —de la memoria— por eso no tiene nombre o cuando lo tiene, no corresponde a ningún lugar geográfico. El reino de Gardea es inhóspito, apesadumbrado, aislante. El número de sus personajes es reducido; las conversaciones entre ellos parcas, mínimas, incluso casi no deseadas por ellos. Lo que da sentido al relato es esa relación del protagonista con su entorno: las temperaturas extremas, la aridez. Y en ese vínculo de uno con otro, la supervivencia.

III. *Detrás de la escritura*

Si el paisaje y el clima condicionan, la personalidad de los personajes de Jesús Gardea tiene el factor común de ser silenciosa, reservada, rotunda, con sobriedad al hablar. Desde fuera parecen seres extraños, de naturaleza áspera aunque no lo sean. Uno tiene que dejarse adentrar al reino de Gardea y ser paciente lector para observar lo que secretamente sucede, lo que va poblando sus historias, porque sus cuentos tienen raíz en otros asuntos literarios. A primera vista, esa extrañeza en los personajes los aísla del resto, los incomunica. Su rasgo de rareza viene de golpe a través de los nombres: Candelario Bamba, Juan Zamudio, Lautaro Labrisa, Nazaria Riquelme, Anastasio Madrid, Blas Cabdumo, Ángel Nacienceno, Píndaro García, Mimbelino, Ocaranza. Luego viene por medio de esa incapacidad para relacionarse con sus pares. Porque su relación más íntima es con el paisaje y el sol que los lastima: “El sol mete el azufre, Gutiérrez; en la luz que respiramos. ¿No se ha dado usted cuenta?”;² los aturde: “El sol se tendía a morir en pleno llano, como una bestia reventada; la hierba recibía su cuerpo, y no había el beneficio de las sombras refrescantes, piadosas, que preceden otros soles en otros lugares”.³ o los deja ateridos de frío por su ausencia: “Las som-

2. Gardea, Jesús. *Cuentos reunidos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 269.

3. *Ibíd.*, pp. 154-155.

bras suelen ser otra cosa, dicen. Un reverso del sol, mil veces peor que el sol mismo”.⁴

En apariencia en sus relatos no ocurre nada, no existe una fuerza contraria que tense sus historias más que la lucha constante de sobrevivir en el desierto. Y sus finales, sobre todo en su primer libro *Los viernes de Lautaro*, son precipitados, casi bruscos. Gardea se cansa de contar y calla. A otra cosa. Ensayo de nuevo a contar algo. Lo obnubila el sol. El calor ralentiza la escritura: “[...] el calor hincha el aire y me aplasta y me sofoca. Es un sapo de lumbre”.⁵ Sus personajes muestran el tedio de un día y otro exactamente igual con el sol a cuestas, la sed, el letargo. Lo miran de reojo y repiten despacito: Allí está otra vez Gardea, cómo chinga.

IV. Gardea, McCullers, O'Connor, Welty: el club de los raros

Esa extrañeza de los personajes de Jesús Gardea debe ser la misma con que es mirada la gente del desierto por los forasteros. A fin de cuentas, dicen, quién pretende vivir en un lugar árido e inhóspito, trabajando esforzadamente por arrancarle agua o fruto a la tierra. Pero los hay. Entonces son raros. Por eso para nombrar lo que en ese momento escribían Jesús Gardea, Gerardo Cornejo, Daniel Sada, Ricardo Elizondo, Severino Salazar y otros autores de la región fue necesaria llamarlo Literatura del Desierto⁶ (dando como rasgo característico en común una escritura de cara a su paisaje), entonces los aislaron de la literatura que se generaba en el resto del país.

Fenómeno parecido con los escritores del sur de Estados Unidos. Las grandes extensiones desérticas poco comprendidas e igualmente aisladas, y su historia diferenciada del resto del país, hicieron que la produc-

4. *Ibidem*, p. 336.

5. *Ibidem*, p. 102.

6. Dicho término fue insuficiente para abarcar los trabajos de las siguientes generaciones de escritores por lo que después se le denominó Literatura fronteriza y más tarde Literatura del norte. ¿Pero quiénes son definitivamente los escritores nortños: los que nacieron allí, los que han vivido, los que narran asuntos del norte sin experimentarlo? Sin duda, este es asunto de otro ensayo.

«EL SOL SOBRE LOS OJOS. CONVERSACIONES SOBRE EL NORTE LITERARIO»
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 2014 EN LOS TALLERES DE
EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V., PRIVADA EMILIANO ZAPATA 5947,
SAN BALTASAR CAMPECHE, C.P. 72550, PUEBLA, PUEBLA.
EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.